

— ¡Alto, y de rodillas, granujas! De rodillas enseguida para besar la huella de los pasos de su grandísima excelencia el propietario de una porción de estados y de su acompañamiento que se han dignado visitarme.

Las armaduras se derrumbaron con estrépito, arrastrando á *la Tetona* en su caída, y el marqués aprovechó este incidente para deslizar en el oído del rey de Thunes estas palabras.

— Nada tan fácil como quemar á un individuo en secreto; no lo olvides. Aquí, sin moverte para nada, hasta que yo estime que debò levantar esta consigna. Si por acaso no vengo yo en persona á buscarte — todo hay que preverlo — sigue sin vacilar al hombre que venga acompañado de este perro. ¡Hasta muy pronto!

Dicho esto, y precedido de Diógenes que ladraba alegremente, el gran marqués, franqueó, alta la frente, el umbral de la puerta, que se cerró enseguida de darle paso.

XVII

TUTE DE ENAMORADAS

Como quiera que lo que va á seguir no es más que una exposición cronológica de lo acaecido durante el espacio de noventa minutos empleados por Bernardo de Arma en realizar un poderoso esfuerzo, inverosímil si se tiene en cuenta las energías perdidas en el decurso de su accidentada vida, séanos permitido mencionar la hora exacta que vió florecer cada una de sus amorosas citas.

Á los ocho y veinte.

— Dignaos seguirme, señor caballero.

Estamos á la puerta de una casa elegante, situada en las cercanías del Hotel de Rouen, en la esquina de las calles del Pavo y de los Cordeleros. Dicha puerta acababa de abrirse al primer aldabonazo dado por Bernardo de Arma, y la frase invitatoria que transcrita queda era pronunciada por una incitante criadita, á quien el caballero se apresuró á obedecer.

Siguiendo los pasos de su guía, recordaba Sed de Amor los acontecimientos que habíanse ya desarrollado y los que aún debía llevar á bien en aquella noche del 2 de abril. Llegaba entonces de la casa habitada por los de Entragues, llevando aún en sus calzones y en la sobreveste las marcas que en ambas prendas quedaran como prueba de su reciente escalo, y apenas si había empleado veinte minutos en franquear la distancia que separaba el sepulcro de la muerta embalsada de la casita que servía de retiro á Ayela de Givors.

Porque es de advertir que el techo que iba á cobijar por algunos minutos al gentil caballero, no era otro que el de la bella condesa. Esta era como el primer eslabón de la cadena de amor que debía retenerle aquella noche, durante el tiempo que aún le separaba de la hora en que prometíase dedicarse á más serias y trascendentales ocupaciones, como la cita con Solange, la única por él verdaderamente deseada.

En realidad de verdad, nuestro caballero presentábase en casa de Ayela más por cumplir un deber que por otra cosa. Si hubo de aceptar una cita de la querida del duque Rolando, hizolo, más que con la intención de infligir una afrenta á su enemigo, con la esperanza de obtener acerca de su persona ciertos detalles que le parecían de gran importancia.

Lo que más le interesaba saber era lo que el duque escondía bajo la mecha de cabellos que peinaba sobre su frente, con atrevida transgresión de los preceptos de la moda.

Como el físico de Rolando concordaba exactamente con la descripción que le habían hecho del bandido Sed de Sangre, Bernardo se obstinaba en creer que el primer gentilhombre de la cámara y el bandido enmascarado de las orillas del Vezera, aquel á quien marcó en la frente de modo indeleble con el pomo de su espada, no eran más que una sola persona.

Precisamente preocupado por esta idea hubo de interrogar Bernardo á Chicot en la mañana del duelo en el Prado de los Clérigos, recibiendo como respuesta del astuto gentilhombre gascón, estas palabras :

— Si esa mecha oculta un secreto, caballero, dirígios para conocerlo á la hermosa Ayela. La intimidad de la almohada destruye muchos secretos, sin contar con que el sueño es á veces por demás indiscreto.

Siguiendo á la criadita recordaba Bernardo tan precioso consejo, y absorto en sus ideas, apenas si veía el lujo de las habitaciones que atravesaban, ni los muebles de elevado precio, ni los sedosos tapices en los que resbalaban los rayos de la linterna de que iba provista la muchacha.

Esta empujó al fin una última puerta y dijo elevando la voz :

— Señora condesa, llega aquí el señor caballero.

Otra voz se dejó oír en el interior de la habitación :

— Que entre, y dejadnos solos, Faneta.

En aquel tiempo, los dueños de las casas nobles pasaban casi todo su tiempo, no como hoy, en un salón ó en un despacho, sino en el cuarto de dormir, confinándose de preferencia en un reducido espacio que limi-

taba una balaustrada, y en el centro del cual alzabase el lecho sobre un estrado. El sitio comprendido entre los lados y pies de la cama, y la balaustrada de que hablamos antes, una especie de corredor de tres lados cuya anchura variaba de uno á dos metros, llevaba el nombre de *ruelles* callejue las).

En esas callejuelas permanecían las visitas de la dueña de la casa, mientras ésta recibía acostada en la cama, aunque completamente vestida, y aun á veces, no pocas, acompañábanla en el lecho otras damas, tendidas como ella, entre las cuales se sentaba el visitante que no disponía de una silla.

Como las casas eran espaciosas y mal distribuidas, los visitantes veíanse obligados á veces, para llegar hasta la habitación de la dueña de la casa, á atravesar otras en las que hallábanse acostadas personas de la familia, servidoras ó damas de honor. Sin embargo, como la servidumbre no era numerosa en la casa en que la bella condesa de Givors acordaba sus favores extraconyugales á su bello duque, Sed de Amor no tuvo ocasión de ver ningún cuadro de ese género verdaderamente íntimo. En cambio, en cuanto se encontró en la *callejuela*, sus ojos pudieron recrearse en la contemplación de un espectáculo inesperado.

— ¡Muerte de mis huesos! — pensó acordándose de las lecciones recibidas del viejo fraile que le educara en Barbotan. — En esa actitud de señora Putifar, esta mujer está verdaderamente deliciosa; ¿pero por qué diablos la adopta, puesto que no me parece que pueda tomárseme á mí por un casto José?

Porque es de advertir que Ayela, apartándose de lo que era entonces uso y costumbre, no se hallaba completamente vestida sobre la cama, como en las recepciones ordinarias, sino que se mostraba en un traje tan ligero y tan bien comprendido para revelar lo que tenía misión de dejar velado, que es de suponer que el poético hijo de Raquel, de haberla visto en aquella guisa, habríase apresurado á pedir por segunda vez su bíblico mantón á la esposa de su maestro para no verse en la necesidad de contemplar tan pecaminoso espectáculo.

Bernardo por el contrario, detalló con complacencia de conocedor el hermoso cuerpo que á sus ojos se ofrecía, realizada su natural belleza por la claridad opalescente de una lámpara de cristal suspendida del techo. Y notando que, bien á pesar suyo, su temperamento voluptuoso entraba en ebullición, sintióse molesto y descontento de sí mismo.

Aun no se había cambiado entre ambos jóvenes una sola palabra y ya Bernardo sentíase mal defendido contra las seducciones de aquella sirena; su prolongada y rara continencia poníalo al borde de un compromiso.

Ayela lo contemplaba con el rabillo del ojo, adivinando la lucha interior que se libraba en el ánimo de su visitante, y sonreía, segura de vencer sin dificultad los últimos escrúpulos de aquel hermoso luchador intrépido que en su concepto, y con arreglo á sus deseos, hallábase llamado á suceder á Rolando, tanto en lo referente á los honores, como por lo que á los amos pudiera referirse.

Y he aquí que de pronto, la sonrisa desapareció de sus labios.

Bernardo, realizando un poderoso esfuerzo de voluntad, acababa de serenarse, y medio en broma medio en serio decía á la hermosa :

— En los países de oriente de donde vengo, señora, hay una especie de cáñamo llamado hachisch, cuya masticación procura deliciosas visiones de un paraíso artificial. Como yo no he hecho nunca uso de semejante afrodisíaco mental, grande es mi sorpresa al verme favorecido con la vista del más radioso de entre ellos.

La condesa se cubrió bruscamente con la colcha, diciendo á su visitante.

— Después de lo que por vos he hecho, caballero, me creía autorizada á esperar...

— ¿Mi agradecimiento? — interrumpió Bernardo. — ¡Qué duda tiene, señora! Permitid que me excuse si la admiración se manifestó en mí antes que la gratitud.

— ¡Gratitud! — dijo Ayela melancólica. — Como si yo fuera una muñeca que se contenta con palabras vacías de sentido...

— ¿Puede saberse en ese caso lo que deseáis, señora?

— ¿Lo que deseo? Ya lo creo que puede saberse. Deseo vuestro amor, vuestra persona.

Nada tan categórico ni tan terminante.

El duelo entre ambos interlocutores comenzaba por un golpe recto, sin previo fingimiento, que Sed de Amor recibió inmovible.

— No toméis lo que acabo de deciros — continuó la

condesa de Givors — como uno de tantos caprichos de una mujer de mundo; nada de eso. Se trata de un sentimiento muy formal que habéis acertado á inspirarme sin daros de ello cuenta. Puse en vos los ojos, caballero, porque aun cuando oculta por los pliegues de vuestra capa de aventurero, creo que hay en vos madera de conquistador. Esto no obstante, nada conseguiréis abandonado á vuestras propias fuerzas, porque son en gran número los enemigos coligados contra vos. En cambio, conmigo por aliada, llegaréis hasta donde queráis llegar. Vos poseéis la energía, y yo por mi parte estoy en posesión de la belleza, de la astucia, y, lo que vale más, del Sésamo de la más desvergonzada farsa que jamás se conoció en la corte francesa...

— Si yo no me engaño señora, — interrumpió Bernardo — pretendéis ofrecerme una alianza contra esa mentira viviente que se llama el duque de Saboya-Nemours...

— Así es, en efecto.

— En ese caso comenzad por decirme si bajo la mecha de cabellos que cae sobre la frente de ese cortesano se oculta alguna cicatriz, alguna marca...

— Es que eso constituye una parte de mi secreto, caballero.

— Lo cual equivale á decir que el duque Rolando...

— Es mi secreto entero, sí, señor; — acabó la condesa.

Inconscientemente, sin percatarse de ello, Bernardo habíase sentado en la amplia cama.

Hubo entonces un instante de silencio, durante el

cual y poco á poco, segura de haber interesado vivamente á su adversario, Ayela fué retirando la colcha con la que se cubriera poco antes. Era aquella una manera como cualquier otra de envenenar la herida hecha en el temperamento de Bernardo.

— Señora, — exclamó de pronto el caballero, cuya mirada evolucionaba á su pesar, pasando en revista una por una las nacaradas desnudeces — vuestra bondad me confunde y me apena al mismo tiempo, por cuanto no ha de serme posible responder por completo á ella.

— ¡Niño! — dijo Ayela sentándose en la cama para acercarse más á él. — La confianza debe ser mutua. Yo quiero que vengas á mí por tu propio impulso, y no obtener de ti más que aquello que te sea posible concederme... Escucha; he aquí la contestación á lo que me preguntabas hace un momento. Debajo de la mecha de Rolando no hay nada, absolutamente nada. Pero Rolando tiene un hermano.

— ¿Un hermano? ¡Diablo!

— Sí, un hermano que se le parece como puede parecerse una gota de agua á otra; y la mecha de ese hermano sí que oculta una cicatriz en forma de A...

— Ese hombre habitó en el castillo de Chaumont, ¿no es eso?

— Tal vez sí.

— Es el bandido Sed de Sangre...

— No : el bandido Sed de Sangre es Rolando.

Agradecido, Bernardo tomó entre sus manos la cabeza de Ayela y sus labios se unieron.

Quando en el reloj de la Capilla de los cordeleros

sonaron las tres campanadas que indicaban las nueve menos cuarto, Bernardo hubo de recordar sus múltiples compromisos, y arrancándose á las caricias de la de Givors salió de la casa, tomando la dirección del arrabal.

Jadeante por efecto de su rápida carrera penetró en el parque del Hotel de Villanueva-Marsan franqueando deliberadamente la brecha abierta en el camino de los Santos Padres, y en aquel preciso momento sintió que una mano femenina se apoyaba ligeramente en uno de sus hombros.

— ¿A cuál de mis bellas enamoradas pertenecerá esta mano? — se preguntó Bernardo. — ¿A la sensible Reinalda del maestro La Fraicheur, ó á la sabia Fiamma, ó á mi gentil hermanita Glorieta?

Las tres en efecto debían encontrarse con él en aquel sitio; pero como cada una de ellas tenía derecho á creerse única favorecida, no era cosa de cometer una torpeza pronunciando un nombre que hubiera podido no ser el de la propietaria de la mano. Por eso callaba el caballero, quien por la opacidad de las tinieblas no podía distinguir el rostro de la dama que acababa de detenerle.

— En cuanto hable dos palabras la reconoceré por la voz; — se decía.

Y como la hermosa obstinábese en guardar un silencio incomprensible, Bernardo pensaba, no sin cierta lógica :

— Pues que calla, debe ser Glorieta, la rubita de los ojos color de cielo.

Y ya estaba á punto de hablar, llamándola por su

nombre, cuando por un exceso de prudencia se apoderó de la mano femenina, llevándola enseguida á sus labios.

Y aquel suave contacto llevó hasta sus narices un fuerte aroma de musgo, haciéndole comprender que la mano misteriosa no pertenecía ni á Reinalda, ni á Fiamma, ni á Glorieta.

En cambio su galantería obtuvo el imprevisto resultado de hacer hablar á la desconocida, quien con voz débil y ligeramente dengosa murmuró :

— ¡Ah, duque, amor y señor mío! Siempre galante con las mujeres; natural es que el rey de los refinados se anuncie de este modo.

Oyéndola hablar, Bernardo pensaba :

— Es una inglesa; la señorita de compañía de Solange, sin duda... Por lo visto me toma por Rolando de Saboya-Nemours .. Bueno, pues me guardaré muy bien de sacarla de su error, y así podré tal vez enterarme de lo que por aquí se trama.

Miss Huming — porque era ella en efecto, lo llevó hacia un talud alfombrado de yedra, y habiéndole hecho sentar á su lado, hablóle de este modo :

— Ahora decídme al fin, hermoso silencioso, si habéis ya olvidado lo que convinimos.

— Bueno, — pensó Bernardo — ahora salimos con que hay convenciones. ¿Qué hago yo? Porque este demonio de inglesa debe ser desconfiada. ¿Cómo saber?...

Rozábalo la inglesa con su verdugado, en la incesante repetición de sus movimientos felinos.

— Aún tenemos tiempo, señor duque — continuó

diciendo — pues la señorita de Villanueva no debe llegar al sitio convenido hasta...

— ¿Hasta? — repitió el caballero angustiado.

— Pues hasta la hora fijada de antemano.

Cosa extraña. La inglesa no paró mientes en el sonido de la voz de su acompañante, y en cambio hubo de advertir sin duda en ella algo de impaciencia por cuanto dijo en el acto :

— Cualquiera pensaría, monseñor, que vuestra futura os interesa más de lo que os obstináis en aparentar. Mi soberana extrañaría de ello, si así fuera, y no dejaría de sorprender también ese interés al marqués, vuestro futuro suegro, con el que parece estáis en los mejores términos. Por mi parte he de deciros que esas pasiones súbitas me mueven á risa... Son fuego de paja y nada más.

— Pero... — quiso objetar Bernardo.

— Sí, ya sé lo que vais á decir, — le interrumpió ella; — que porqué me meto en lo que no me importa... Es verdad; nada debe importarme que tengáis ó no un capricho pasajero por la palomita blanca que va á consolidar vuestra fortuna y que llevará vuestro nombre... La hermosa Ayela se encargará de destruir en breve plazo las ilusiones que la niña pueda hacerse á ese respecto...

— ¿Cómo? — preguntó el caballero.

— Poco amable en verdad estáis esta noche, — dijo la inglesa con despecho. — ¿Cómo ha de destruir Ayela las ilusiones de Solange, sino suplantándola en vuestro corazón?

Tormento indecible el que en aquellos instantes sufría Bernardo de Arma. La casualidad, en efecto, acababa de revelarles toda una serie de abominaciones, la menor de las cuales no llegaba á igualar lo que él se imaginara en sus momentos de más negro pesimismo.

Ahora salíamos con que Solange, su tierno idilio de Bonaguil, le traicionaba; amaba á otro, ¡y qué otro! un bandido detentor de un nombre y de un título á los que no tenía derecho alguno; un criminal capaz de todas las bajezas. ¡Solange habíale olvidado por un individuo de tal naturaleza, y aun se hallaba dispuesta á seguirle, sabe Dios donde!

¿Qué sangre era pues la que corría por las venas de aquella desgraciada criatura que tan ciegamente se dejaba arrastrar á la miserable existencia que sin duda la esperaba?

¿Cuál había de ser? ¡La de su padre, pardiez! La de aquel gran marqués de aspecto tan noble como engañador; la del hombre á quien había salvado la vida, y que creyó poder saldar deuda de tal magnitud arrojándole su bolsa.

¿Cómo era posible tanta duplicidad en aquella niña? Bernardo hacíase esta pregunta una y mil veces sin acertar á contestarse. Pero como tenía que verla de allí á poco, en cuanto diesen las diez, entonces hablarían, y ya vería él lo que convenía decir á la incauta. Dispuesto estaba hasta á desenmascarar á Rolando aunque hubiese de sufrir Solange; también el cirujano saja el tumor sin preocuparse de los sufrimientos del enfermo á quien se trata de salvar.

Tomada esta resolución, otra idea importuna se abrió paso en su cerebro para atormentarle. ¿Dónde debía encontrarse Solange con su enemigo? Este encuentro, ¿se verificaría antes ó después de la cita que él mismo tenía convenida con la señorita de Villanueva?

— Yo lo sabré, — se dijo — y me encontraré también allí. Si, he de saberlo, cueste lo que cueste, y asistir á esa entrevista venciendo cuantas dificultades se opongan á ello.

Precisamente mientras en eso pensaba Bernardo, miss Huming decía con su habitual aplomo, y haciendo á cada momento más monadas:

— Claro es que intervenir en esos escarceos conyugales, fuera para mí caso de conciencia, y que no me es dado penetrar en el sagrado de vuestra alcoba. Sin embargo, como para que haya matrimonio se precisan dos cónyuges, y como podría muy bien suceder que la novia no compareciese, á no estar yo... ¡hum! ¿cómo decir esto? á no estar yo comisionada por vos precisamente para procurar que no falte...

— Vamos, sí, comprendo, — dijo el caballero. — Reclamáis el precio de vuestra comisión.

— ¡Oh! vuestra señoría me ha hecho ya costosos regalos; — dijo la inglesa apoyando lánguidamente su cabeza en el hombro del caballero. — El que deseo ahora no ha de costaros nada, y Dios sabe que de él os mostráis pródigo con otras más afortunadas que yo.

— ¿Y qué es ello? — preguntó Bernardo que empezaba á comprender.

Ella salmodió :

— *My pretty God, I adore you!*

— ¡Demonio! — pensó el de Arma sorprendido ; — no sabe Solange en el apuro que me pone su ligereza... Hace un momento me apoderé del bien de Sed de Sangre, y he aquí que ahora debo pagar por él. Pues señor, esta aventura rapidísima con una desconocida á la que ni siquiera puedo ver la cara es un colmo en mi hoja de servicios.

La inglesa daba grititos, fingiendo desfallecer.

— ¡ Ah, milord, ah, duque, ah, my dear!...

Olvidándose de disfrazar su voz Bernardo preguntó bruscamente.

— ¿ A qué hora y en qué sitio es el rapto ?

Miss Huming comprendió entonces que se había equivocado y se apresuró á escapar, aunque diciendo al marcharse :

— A las diez, en la puertecilla del Parque.

Sed de Amor permaneció en el mismo sitio, sin que ni por un momento se le ocurriese la idea de que la inglesa podía haberle engañado dándole una falsa indicación.

— ¡ Tendré tiempo! — pensó.

Las nueve y cinco.

Hacíase la noche algo más clara. Hubo un momento en que Bernardo creyó oír pasos en una alameda cercana. Así era en efecto. Una mujer se acercaba, y su ropa, enganchada en las zarzas de un matorral se desgarró crujiente.

— Sois un ángel, caballero Bernardo, — dijo la que

llegaba — y temí haber desertado el hogar del maestro La Fraicheur para correr tras un mito.

Así diciendo Reinalda, la basca, sacudiendo su roja falda desgarrada, se arrojó en los brazos del caballero. La sorpresa de éste era inaudita.

— ¡ Si supierais las ganas que tenía de verme aquí apelotonada! — suspiro Reinalda.

Bernardo, como si nada oyese, preguntó á la inflamable joven :

— ¿ Y Glorieta? ¿ Dónde está Glorieta ?

— Por ahí debe andar, en el jardín, con seguridad; pero ya comprendéis que no me ha parecido conveniente que presenciara nuestras efusivas caricias.

— De modo que tú quieres...

— ¡ Ya lo creo! Que me iniciéis en el dulce misterio de los besos prohibidos.

— Pero ¿ y Cortomontel? Yo creía que tú y él...

— También lo creí yo, pero un momento nada más; ya pasó. Además, está casado.

— Bueno, pero si mal no recuerdo, — insistió Bernardo — un tiempo fué en que Matraca...

— ¡ Oh! — dijo ella sonriendo — ése es un novio serio; tiempo tenemos de conocernos si es que llegamos á maridar, mientras que vos... Vos desapareceréis el día menos pensado, y antes que eso suceda quiero... sí, lo quiero...

En aquel momento veláronse las estrellas, sin duda por no asistir á la íntima confesión de los deseos de Reinalda.

Momentos después decía Bernardo :

— Ahora, amiga mía, ayúdame á encontrar á Glorieta.

Suspiró Reinalda, y condujo á Sed de Amor por el laberinto de avenidas del parque.

Las nueve y cuarto. A dicha hora, y en otro rincón del parque, el caballero de Arma que buscaba á Glorieta, hubo de encontrarse con Fiamma, y aún bajo el imperio de la voluptuosidad, y arrastrado por la simpatía que la joven protegida de Salem Kebir le inspiraba, oprimió con pasión sus manos; sus labios acariciaron la piel ambarina, pasando sucesivamente desde el puño hasta la mejilla; é iban ya á apoyarse osados sobre los labios de la joven cuando ésta, bruscamente, volvió la cara.

— ¿Qué es eso, Fiamma? — interrogó él sorprendido.

— ¿Pretendéis acaso hacerme sufrir?

La hermosa oriental unió sus manos.

— ¿Haceros sufrir yo? — dijo. — ¡Ah, no! de ningún modo. Os pertenezco, por el contrario, en cuerpo y alma. Mi alma por la vuestra, y mi vida siempre que se trate de salváosla á vos. Oidme, caballero, ¿queréis proporcionarme un placer inmenso?

— ¡Con el alma y la vida, Fiamma! ¿Qué puedo yo rehusaros, á vos, que fuisteis para mí más que la Providencia?

— Ahora pretendo serlo una vez más.

Bernardo estaba perplejo al ver que el diálogo comenzado alegremente derivaba hacia la aridez, y observando que él mismo se formalizaba portándose como un cenobita con aquella mujer joven, bella y deseable,

á la que acababa de encontrar, en plena efervescencia de su temperamento de vagabundo de amor.

— Sí, pretendo serlo una vez más; — repitió Fiamma sacando del seno una especie de brazaletes, en cuyo ensortijado ponía todos los colores del prisma un invisible rayo celeste.

— ¿Puede saberse qué es eso? — preguntó Bernardo sin poder disimular un mal humor incipiente, porque en aquellos instantes sus deseos hablaban con voz más imperativa que la razón, que parecía eclipsarse.

La joven debió comprender lo que pasaba en el ánimo del caballero.

— Antes de contestaros, — dijo disimulando casi toda la joya entre sus manos, — hacedme la merced de tocar esa piedra que parece una gota de oro líquido.

Con la esperanza de rozar los dedos de la gentil encantadora, quiso Sed de Amor prestarse á su capricho; pero apenas hubo tocado la piedra designada, y sin transición de ninguna especie, sus ideas se modificaron, calmóse la excitación de sus sentidos, renaciendo en él la más perfecta tranquilidad, y una idea única se señoreó de su cerebro: la de conocer la importancia que su hermosa interlocutora atribuía á aquella alhaja.

Fiamma sonrió con cierta amargura, porque el experimento que en aquellos momentos realizaba, significaba para ella un gran sacrificio.

— Caballero, — dijo con voz triste — este brazaletes fué compuesto por Salem-Kébir para que me sirviera de

protección y salvaguardia, y en él se encuentran trece piedras preciosas separadas unas de otras por otros tantos granos de asteroides. Os ruego que lo aceptéis y que lo llevéis, como recuerdo mío.

— ¡Oh, Fiamma, amiga mía! ¿Cómo pretendéis que os prive de un parálito de tal valor?..

— Vuestra seguridad, caballero, me es más preciosa que la mía propia, como creo habérselo dado á entender hace un momento. Sabed sin embargo que me haréis la mas desgraciada de las mujeres, si llegamos á separarnos sin que esta joya protectora quede colocada en vuestra muñeca.

— Según eso, — preguntó Bernardo conmovido, — os merezco un poco de afección.

— ¿Un poco? — dijo ella. — Poned un mucho, aunque os parezca exagerado. Tal vez un día comprenderéis que os quedasteis corto al evaluar ese sentimiento.

— Y decidme, ¿tenéis fé en las propiedades protectoras de vuestro amuleto?

— En ellas creo ciegamente; — dijo la joven convencida.

Bernardo tomó el brazalete, que se puso á examinar con detenimiento.

— Acepto de vuestras manos este preciado recuerdo, — exclamó, — y por complaceros me comprometo á conservarlo siempre.

— Puesto, — interrumpió Fiamma; — ha de llevarse puesto.

— Os doy mi palabra de que rodeará siempre mi

muñeca. Y ahora, tened la bondad de ponerme al corriente de las virtudes de este amuleto.

La instruída joven suspiró, como si le hubiesen quitado un peso de encima, y convirtió al cielo sus ojos como para agradecerle que hubiese satisfecho sus más caros deseos.

— Señor caballero, — dijo enseguida dejándose deslizar hasta las rodillas de Bernardo de Arma, como hiciera una niña que pretendiese contemplar, humillada, al hermano mayor bastante condescendiente para compartir con ella sus juegos infantiles, — procurad no perder una sola de mis palabras, y escuchad atento las explicaciones que voy á daros. Cada una de las piedras de este brazalete mágico contiene en germen la mayor parte de las felicidades humanas ó un antídoto contra los sufrimientos. Mirad.

Este *diamante*, mitad blanco y mitad negro, independientemente de su valor intrínseco, inestimable, tiene el poder de preservar á quien lo lleva contra los encantos, como asimismo contra la acción del veneno.

Con este *rubí* purpúreo, no hay melancolía posible.

He aquí un *zafiro* que destruye la mala naturaleza de tóxicos y venenos.

Esta verde *esmeralda*, acordaos de las propiedades de esta casta piedra, caballero, ha de seros útil en más de una ocasión. La esmeralda siente horror por los salaces, y gracias á ella se descubren las mentiras más secretas.

— Tarde llega el regalito; — pensó Bernardo. — Hace un momento que esa esmeralda me hubiese sido

de gran utilidad, y sospecho que habríame complacido en usarla como escudo para defenderme de la señora del « *i love you* ».

Fiamma continuaba.

— Este *granate* os protegerá en los peligros. Cuando la ocasión sea llegada, este *topacio* expulsará de vuestro cerebro las ideas pecaminosas.

Sed de Amor lanzó sonora carcajada al air estas últimas palabras.

— ¡ Esa sí que es buena! — dijo sin dejar de reír.
— ¿ De dónde sacáis, hermosa Fiamma, que una piedra tenga poder bastante para anular los ímpetus amorosos? Eso es sencillamente una locura.

— Eso es la realidad, caballero, — observó Fiamma muy seria — y vos mismo habéis podido observarlo...

— ¿ Yo?

— Sí, vos. Observad las aguas de esa piedra... Cualquiera diría que es de oro líquido ¿ verdad?

— Sí por cierto, — confesó Bernardo; — pero de eso á pretender que haga olvidar lo inolvidable, hay mucha distancia.

— No tanta como os parece. Hace un momento apoyasteis en esa piedra vuestro dedo, — dijo Fiamma mirándolo fijamente. — ¿ vais á decirme que no se ha operado un cambio radical en vuestras ideas á partir de ese instante?

Sed de Amor, confuso, no supo qué contestar; en cambio su rostro se tiñó de un rubor harto elocuente, más bien adivinado que visto por la discípula del sabio Salem-Kébir.

— El *topacio*, — continuó diciendo — tiene su utilidad, si se le emplea en tiempo y ocasión oportunos. Continúo. Estábamos en la sexta piedra.

La séptima, este *jaspe*, es un preservativo contra las fiebres : lo mismo las que produce el aumento de temperatura de la sangre, que las generadas por el exceso de preocupaciones.

He aquí ahora un *ágata* con la que en circunstancias excepcionales podréis revivificar vuestros miembros y apagar la sed. Posee además la rara virtud de hacer invisible á quien la lleva cuando éste así lo quiere.

— Utilísima virtud en verdad.

— Esa *crisolita*, de un amarillo verdoso, aleja al diablo.

— Aun no me ha hecho ninguna visita ese importante personaje, — dijo Bernardo. — Vamos á ver : ¿ es papista ó hugonote?

— ¿ Queréis callaros, descreído? — interrumpió Fiamma entre risueña y severa.

— ¿ Cómo descreído? Pero aun suponiendo que lo fuera, eso no puede afectaros á vos, una musulmana.

— Yo he recibido el bautismo; — aseguró la joven.

Sed de Amor no sabía si creerla ó no. Pero reflexionando lo que Bar Cobral le dijera en el Anti Líbano, acabó por excusarse. ¿ No se había vanagloriado Bar Cobral ó Salem-Kébir de ser católico? Pues también podía serlo su protegida.

— La *amatista* — siguió diciendo la joven — preserva de la embriaguez.

— Bien está, — dijo Bernardo; — pero sabed que yo

no soy gran aficionado al vino, como Schomberg, ni tampoco á ciertos filtros misteriosos, destilados por femeninos dedos, de los que algo podría decirnos el bueno de Juan du Gaz, que se duerme de pie.

Ruborizóse la joven al oír esto, y hubo de preguntarse si habría adivinado el caballero la intervención que ella tuvo en el incidente de que Juan du Gaz fuera protagonista. Sin embargo, ocultando su turbación, se apresuró á contestar :

— Si hoy no gustáis de los licores, podéis aficionaros á ellos mañana, y es preferible precaver que curar, según dice Ambrosio Paré.

— Veo hermosa Fiamma que sois un pozo de ciencia ;
— dijo admirado el caballero.

Como si nada oyese, la joven continuó diciendo :

— Esta otra, un *ónix*, conserva la salud, mantiene la belleza y hace agradables los sueños.

— A ver, á ver, ¿ cómo es eso?

— Quiero decir que hace que se nos aparezcan en sueños las personas á quienes amamos.

— Amiga mía, — dijo Sed de Amor — veo con placer que vuestro brazalete es un especie de panacea de primer orden ; pero sepamos ahora qué lugar ocupa en esta asamblea de buenos genios esa última piedra, la décima tercera...

La joven oriental vaciló un momento, como si dudara si debía ó no satisfacer la curiosidad del caballero. Luego, decidiéndose de pronto :

— Hace un momento, — dijo tímidamente — y para obligaros á escucharme os hice tocar el topacio...

Pues bien, esta última piedra, llamada *agua marina* ó *berilo* contrarresta el poder de la piedra moderadora, acelera los movimientos del corazón. Y suponiendo que desearéis que nuestro diálogo continúe por los derroteros que seguía cuando lo atajé...

— ¿ Cómo que si quiero? ¡ Ah, querida Fiamma! ¡ Fiamma encantadora! Sabed que de hoy más será el berilo mi talismán preferido.

Tocando luego la piedra, añadió con ternura :

— Cerca de vos, ¿ para qué otro?

Y arrastrado por el huracán de sus ímpetus paisanales, recobrados de pronto y aun acrecidos, estrechó en sus brazos á la joven, que se abandonaba.

Unieronse luego sus labios, sus suspiros se fundieron, y una tórtola de negra cabeza, atravesando la verde cortina de los brotes nuevos, lanzóse como una flecha hacia la altura, en dirección á Venus, entonando triunfante su musical aleluya.

Tal vez el ave canora era descendiente directa de las aladas parejas que albergaban orgullosos los bosquecillos de la antigua Mitilene, y tal vez el atavismo le sugirió la idea de llevar á la madre de los carnales amores la dulce ofrenda de que tanto gusta, ese fuego fatuo, ó perfumado incienso, que se llama el alma expirante de una virgen.